

## « SUEÑO DE ORIENTE »

Ha llegado á nuestra mesa de redacción el libro de Roberto de las Carreras, titulado « Sueño de Oriente ».

Nada dice tanto del finísimo sensorio, y de ese refinamiento quintaesenciado del autor como la forma en que presenta su libro. Presentar el champagne en diminuta copa, de cristal de Bohemia, equivale á presentarse el mismo obsequiante en persona.

Un vestido es á veces un hombre, ha dicho un filósofo. La confección de una obra acusa la confección de un espíritu.

Roberto de las Carreras es un sibarita, que sienta mal en el rebaño burgués de nuestros literatos. En materia de presentación, todo queda encomendado al sastre ó al tipógrafo, en una sociedad que está todavía por hacer el aprendizaje de lo hermoso, y que se escandaliza con el advenimiento de lo nuevo. Los espíritus viven apretados en sus moldes viejos, como los dátiles en sus cajas, y semejantes á ciertas flores exóticas, que se marchitan en cuanto les da el sol, se encogen dentro de sus viejas garitas apenas oyen hablar de innovaciones y de viajes largos. La broza de la cursilería abunda en nuestro campo, y en materia de arte y de *confort*, preciso es confesarlo, hay todavía quien gusta habitar una casa que tenga la cocina pared por medio del excusado.

Las sedosidades del guante sientan mal al cutis áspero y rugoso de quien no ha nacido en el compartimento social más elevado, y viene al caso decir con Vigny que hay dos educaciones en la infancia: la de la inteligencia y la del gusto; la primera nos enseña á predicar en una tribuna y la segunda á sentarnos en una mesa.

Creemos hallarnos en la verdad al relacionar lo dicho con lo que ocurre en materia de civilización estética, siempre que un escritor ó artista cualquiera, esgrimiendo un carácter ó una modalidad, aparece en medio de la plebe rutinaria de nuestro mundo.

Se hace difícil el triunfo de lo anticonvencional y lo revolucionario, y Roberto de las Carreras debe nadar como Byron para cruzar ese Helesponto de egósmos y de envidias, que le saldrán al camino, cada vez que, sin hacer caso de las prevenciones de los

cobardes, se arroje audaz de la roca de Decaulión al mar de la publicidad, sonriendo con desdén á cada bofetada de las olas, y mirando en el fondo del peligro, que amenaza tragarlo, el cielo que se refleja de su gloria futura.

« Sueño de Oriente » constituye la nota artística más anticonvencional posible dada en el pequeño teatro de nuestra literatura.

Todo en él es nuevo, pomposo, arrogante y sutil. Es una orquídea de prismáticos iris en medio de nuestros sencillos jardines poblados de margaritas, si á esto agregamos que la orquídea ha sido arrojada por una odalisca y no por un ángel, lo que no quita, en modo alguno, que puedan ser ángeles en sus paraísos las hijas de Mahoma.

Contemplamos el libro que, como diminuto misal de un ensueño infantil, se presenta á nuestro espíritu ¿Es una monería, un Cupidito, una historieta de Perrault, un calendario de ruiseñores, una sorpresa de día de Reyes, un cuentecillo de duendes del Harz?—No—no es nada de lo dicho; tiene toda la atracción del ángel malo; esplende y quema como la túnica de Neso; brilla y corta como el diamante; es la falsa pitonisa; es la rosa que esconde el áspid de Cleopatra.

Leed « Sueño de Oriente ». Bueno es que sepáis cómo se toma el veneno con arte, y cómo se os ofrece la muerte en copa bizantina. Borgia es artista y no verdugo. Roberto de las Carreras no es pecador, y si lo fuera, obtendría el perdón del dios del Arte. Es un apóstol que viene de muy lejos, de la Metrópoli de la lujuria.

Las ninfas elegantes de los lagos de Versailles le han sonreído alegremente. El Wateau de los pajes y de los abates le ha coloreado el alma.

Viene impregnado de galantería borbónica y de almizcladas atmósferas de Stambul. Las cortesanas de Baltasar danzan á su alrededor, y en fantástica litera, pasa revista á las hetairas de imposibles serrallos. El pecado es para él belleza y la belleza moralidad.

Contemplemos su obra.

Goby nos presenta el modelo de la elegancia, la mujer *única* dando la espalda al montón anónimo y contemplando, desde la playa, el mar infinito. El libro es garboso y aristocrático como un guante. Vestido de gran etiqueta, ligero y ágil; dijérase que su pensamiento es volar cuando se halla en las manos del lector.

Dos lazos nívicos, á manera de corbatas de recepción, ostenta en su frontispicio, y hay tal primor en ellos que, sin querer, se piensa en unos dedos rosados de modista parisiense que se deslizan acariciadores é inquietos como mariposillas, traveseando alrededor de un jazmín. Sin embargo, á nuestro juicio, Roberto de las Carreras no dió, ó no quiso dar en el blanco, en lo que atañe á la fachada de su poema sensual. Hubiéramos querido ver á la bañista coqueta y encendida, echada indolentemente sobre la arena, en esa hora discreta del crepúsculo matutino, ó andando « como un gran lirio », ó como diría el poeta, semejante á una aurora de primavera saliendo del baile de los gnomos negros, y bebiendo el último sorbo del sueño de sus lujurias.

La heroína, entonces, hubiera sido el deseo humanizado del autor del libro; hubiera sido su insomnio devorador; la fiebre que se le introduce hasta los huesos como un veneno de cantáridas fogosas en el refloreamiento de sus apetitos; hubiera sido su Popea de brazos como serpientes blancas y de ojos de pantera irritada en época del cielo.

Al menos, nos hubiera obsequiado, en consonancia con el título de la obra, con la heroína elegante de pantuflas de paño de Smirna y velo transparente que salvó á don Juan, apareciéndosele en la soledad de su desfallecimiento y convidándolo á posar su cabeza en las tibias almohadas de sus senos.

El autor,—ya que por su idiosincracia, es lo que daremos en llamar un tipo; que no se acoquina ante los tragaleones de la crítica de monasterio; que se ríe compasivamente de nuestra castidad social; que es filoso y audaz como un estileto; que tiene como Byron *doble lengua* para hablar; y que, estamos seguros, entregaría su alma al diablo á condición de conseguir su presa,—se ha mostrado el *dandy* y no el hombre, y cualquiera que mire la fachada del libro—ya profese la estética de Taine ó de Brunetière—y examine luego su lujoso interior de alcoba turca, convendrá con nosotros que se trata de un producto híbrido, deplorando, en buena lógica, que la pompadour, ornada de *chryssanthèmes*, haga, hipócritamente, la presentación de Afrodita que esconde bajo un peplo de tul aéreo sus *crepitantes* carnosidades, como florecidas tuberosas del trópico, y que, para el artista enamorado, son voluptuosos modelos de

una conspicua geometría que abarca todo el problema del placer inexhausto y del infernal emporio de los faunos.

Elegancia y sensualidad. Estos dos atributos, que forman la conjunción sublime de los atractivos de Sapho, componen el tejido mórbido; blanco, consistente y elástico de tan hermoso libro: es Cítrea bañada en champagne; es una bacante de Pompeya mirándose en el espejo de una cisterna. Hay algo de cínica ingenuidad y de orgullosa franqueza en esas páginas zahumadas con mirra de harenas, y escritas con sangre de cinamomos.

El líbrico siroco de las pasiones pasa por ellas evocando besos y abrasando virginidades consagradas. Se imagina el lector las sacerdotizas de Roma, meciéndose en los triclinios, con los senos repletos de jugos, como uvas exuberantes; y también las Sabinas pecadoras, que escancian el Salerno, enseñando las combas sonrosadas de su carne, como horizontes de nieve—y, por último,—al tropezar con la protagonista—almenada, fuerte de una sola pieza como los escudos antiguos,—sueña con la gacela israelita, con la hermosa Susana, desnuda como un lirio y blanca como una luna de Junio, al ser sorprendida en el estanque por aquellos dos viejos verdes, que se nos figuran sátiros con barbas de macho cabrío y nñas de buitre carnicero.

Abramos el libro. Desde las primeras líneas aparece el yo. Roberto de las Carreras ha querido aplaudirse antes que lo censuren. Es el viejo procedimiento romántico: el que se exalta será exaltado. El dueño de casa se sirve antes que las visitas. Es lo más descortés posible. Sin duda, habrá querido imitar á Bonaparte en la corte de Berlín. El espíritu individualista aparece erguido como los célebres leones esculturales de las puertas egipcias. Para interesar, dice Lamartine, hay que hablar de uno mismo.

Si se llamara pedantería lo que es naturalidad en Roberto de las Carreras—no dejaría de ser la insolente pedantería del talento, como dice el autor de «El Pirata» y, desde luego, es mejor perdonarle sus inocentes extravagancias. Nadie confunda, decía el primer satírico de nuestros tiempos, el orgullo del oro nobiliario con el de la mica plebeya.

Examinamos la factura; nos deténemos en sus páginas; pecamos como la mujer de Lot; reimos, y, por último, el fallo emerge sobe-

rano de la evidencia superericiosa que se alza, como bandera de victoria, en toda la extensión del libro.

Nadie busque psicología, ni trabazón, ni unidad clásica, ni seriedad metafísica, ni complicado subjetivismo, ni clínica literaria, ni descubrimientos de vocablos, ni aparatosas decoraciones decadentistas, ni tragicómicos desenlaces. Nada de eso. Lejos del cenáculo, de la mesa de anatomía, del modelo escolástico, del reclinatorio del templo, del afectado ceremonial, nos hallamos en la calle, en el paseo, donde se vive la vida libre de la comunidad, donde pasan los ojos lúbricos, donde provocan las caderas electrizadas, donde las «tiendas reales» de los senos, invitan á que descansen la caricia ardiente, donde el cimbreo conquista, y el movimiento toea á rebato para las saturnales del placer.

Roberto de las Carreras ha triunfado, porque ha descubierto lo que nos ha descrito tan admirablemente. Su libro es estrigina en copa de oro. La flecha se halla escondida bajo el espléndido plumaje de un estilo, que ha dado la nota más alta, de dos años á esta fecha, entre todo lo que han elaborado nuestras jóvenes inteligencias.

Soberbio es su estilo. Perdonándosele algunos defectos de armonía—que se notan en ciertos pasajes de su libro, y uno que otro crujimiento en que se hunde la frase—defectos bien insignificantes—por cierto—y haciendo alcanzar esa indulgencia al escrupuloso pulimiento y exagerada presunción de los períodos, que diceu, á voz en cuello, que han sido trabajosamente humillados por la lima y el cincel—no se puede exigir nada más hermoso y brillante. La frase es acerada; el período es redondo, musical, lleno, marmóreo, estatuario. Benvenuto Cellini ha burilado en su taller de escritor, Prestóle Flaubert su diosa para que le sirviera de modelo. Los períodos, tirados á cordel, marchan á compás de soberbios redobles y de sinfónicos golpetazos, rematando en hemistiquios de oro: como la estatua de Memnón, retumban; como las olas que Ossian rimó en sus estrofas, cantan.

¡Cuánto nervio, cuánta fibra, qué contextura! No hay un ángulo que desencarrile la frase; no hay un tono que chille. El sonámbulo de «Espirita» le prestó su paleta de mago del país de Iris.

Su fraseología es una ubre de monstruo mitológico; su imaginación sonríe como un trópico enflorado.

—Imagón de la fecundidad—como dice Musset—de las palmeras de Argel, con sólo agitar su abanico, de reina oriental, puebla el desierto de magníficas esmeraldas.

La segunda parte del libro nos parece indigna de su alojamiento. Ocupa un puesto servil y poco decente, obligándonos á oficiar de portamisivas en diplomacias escandalosas, que, como ciertos usos domésticos, deben hacerse á escondidas. Por lo demás, es oír una copla de guitarra después de una orquestación soberbia. Aún atendiendo á la forma literaria, el contraste resulta desfavorable para el autor, quedando, como quedan, de los principios de la lectura, las resonancias de bronce agudo de ciertos párrafos en extremo acariaciados—y ese olor á peluquería de lo que lleva en sí, perfumes diferentes y derramados á profusión—que es lo que hemos hallado también en otras obras que han precedido á nuestro libro y de las que se diría que acaban de salir de las manos del *coiffeur*.

Del punto de vista moral y sociológico, la obra constituye una afrenta al pudor de la sociedad; el autor se calza los guantes para abofetearla, y como si se tratara de los viejos castigos de cuartel, hay música y hay crimen al mismo tiempo.

Lo que se dice del primer poema épico de la Francia, viene perfectamente al libro de Las Carreras: «habría que enseñarlo cubriéndose el rostro de vergüenza». El mismo autor confiesa su delito, refiriéndose en su jactancioso ofrecimiento, á la sociedad en que vive. Tanto cinismo merece perdón—hay que exclamar con el águila de Ferney, cuando habla de un condenado á muerte que en sus últimos momentos brindó por sus víotimas y por la prosperidad de Satanás.

Roberto de las Carreras ha ornado su libro para que millares de verdugos lo arrojen al fuego, como antiguamente en la India se enfloraban las mujeres destinadas al sacrificio. Y á fe que no merece honra más luminosa. La indignación de los cónyuges brama como la impotencia de los eunucos.

Nosotros aconsejaríamos eso mismo, es decir, que se lea pero que se quemé como esas figuras que, sin sentir frío, corren desnudas de mano en mano, hasta que llegan, sin que se sepa cómo, al elemento de Plutón.

Que se les corone, pero que se les destierre, decía el gran idea-

lista de Atenas, refiriéndose á los hijos de Apolo, y lo mismo habría que decir de « Sueño de Oriente ».

Su autor nada respeta; sólo se habla y se escucha á sí mismo. Es un fotógrafo del pecado que sorprende los sacramentos más misteriosos del cuerpo y los exhibe luego sin trepidar. Es el diablo concebido por Heine, que no es feo, cornudo ni cojo, sino que viste frac de caballero de aventuras y se codea, á cada paso, con todos los ángeles de... Montevideo.

La juventud está ebria con su propia sangre y ciega con su propia luz.

Roberto de las Carreras, estamos seguros, que cambiará algún día de rumbo, anclando—á la hora crepuscular, cuando las ideas nadan tranquilas como cisnes en la soledad del espíritu, y el corazón derrama las melancólicas armonías de un órgano—junto á esa playa donde las olas mueren en silencio, como los niños, coronadas de polvo de jazmines como los viejos. Entonces producirá algo útil, algo serio, algo que no perezca, algo que, como « Sueño de Oriente », no sea un juguete para los que han vivido y una piedra de escándalo para los que comienzan á vivir.

Evolucione enérgicamente si no quiere cargar con el anatema que Macaulay fulmina contra los haraganes del talento que se pasan la vida chupando caramelos y guiñando á los astros. Aborrezca el precepto envenenado del *Magister*; « tiempo hay para ir al sermón ó á casa del boticario ».

¡ Amigos de hipocresía, acompañadme en el acto de celebrar el sacrificio de un libro el más inmundo y el más hermoso que se puede ofrecer á Satanás !

El fuego arde como una venganza. En espiras invisibles de profanado incienso, rodará el sueño de un mago del estilo y de un iconoclasta de la moral, hasta ser recibido en pebeteros de Sybaris por encantadoras huries de eternas virginidades.

Cuando el libro esté ardiendo, creeremos que están á nuestro alrededor: Phrinea, Aspasia, Galatea y Bice.

*Julio Herrera y Reissig.*